

LIBER MANUALIS



La condesa Duoda escribió el *Liber Manualis* en Uzès entre el 30 de noviembre del año 841 y el 2 de febrero del 843. El *Liber Manualis* es un manual o espejo destinado a la educación de su hijo primogénito, que se convierte en un modelo de lo que más tarde serán los llamados «espejos de príncipes».

La obra permite apreciar, por un lado, el mundo de una parte de la alta aristocracia carolingia, con la que Duoda se identifica de algún modo y, por otro, conocer el programa formativo de los miembros varones de la alta nobleza de las tierras del imperio fundado por Carlomagno.

Duoda concibió y elaboró una obra de gran importancia en forma de un manual de consejos religiosos, morales y prácticos para su hijo Guillermo, que entonces debía de tener unos dieciséis años. Esta obra pertenece al género que más tarde se conocerá como los «espejos de príncipes»; sin embargo, en este caso el espejo refleja a la propia autora, para que pueda servir a su hijo como un lugar donde mirarse y encontrar a su madre.

Duoda dictó o escribió el manual en latín. Su principal objetivo era la claridad, aunque la buscó de una manera muy personal. En el *Liber Manualis*, Duoda manifiesta un elevado grado de autoconciencia, una refinada sensibilidad, una gran delicadeza y una notable mesura al expresar el sufrimiento por la separación de sus dos hijos. Todo el texto está impregnado de un profundo sentimiento de trágica soledad. El *Liber Manualis* no es solo la obra de una madre que desea instruir y aconsejar a su hijo, sino también la obra de una mujer sabia.

ESPEJO DE PRÍNCIPES

Duoda vivió en una época en la que se redactaron diversas guías para príncipes y nobles (*specula principum* o «espejos de príncipes»), escritas por hombres de la Iglesia. Se trataba de manuales con consejos y preceptos morales que mostraban cómo gobernar de acuerdo con la voluntad de Dios, como la *Via Regia* del monje benedictino Smaragdo de Saint-Mihiel (811-814), destinada a Luis el Piadoso.

La cultura laica de aquel tiempo estaba profundamente impregnada de contenido religioso. La reforma carolingia impulsó la cultura escrita y una espiritualidad de clara inspiración clerical. La originalidad del *Liber Manualis* reside en que fue escrito por Duoda, una mujer laica, que transmite su propia manera de entender y de estar en el mundo. Lo utiliza para la educación de su hijo, pero también para expresarle sus preocupaciones e incluso como un documento de últimas voluntades.

Este manual fue redactado para que pudiera ser comprendido por un adolescente, su hijo Guillermo: «He preferido dirigirme a ti, hijo, a la manera de un niño (...)». Duoda intenta que sobreviva en una época marcada por la violencia, inculcándole los valores propios de la alta aristocracia carolingia, como el respeto, la obediencia y la sumisión al padre. Comenzó a escribir el *Manual* el 30 de noviembre del año 841 y lo concluyó el 2 de febrero del 843.

«Por la añoranza de vosotros dos, he procurado que te sea transcrito y enviado este pequeño libro, acorde con la modestia de mi entendimiento» (Prólogo).

Duoda confiesa así su intención y su necesidad de escribir, tanto para suplir las conversaciones que no podía mantener con su hijo adolescente como para educarlo y enseñarle que el camino de la salvación pasa por Dios. Considera que esa formación le permitirá afrontar los conflictos y las dificultades que encontrará a lo largo de su vida:

«Hijo, mientras combates en el mundo en medio del desorden de las ocupaciones terrenales, sea cual sea lo que te acontezca, próspero o adverso, te aconsejo que des gracias sin cesar a Dios, para que tu alma no se enorgullezca en la prosperidad, a ejemplo de los malvados, y para que, vencido por la adversidad, no te pierdas ni te dejes abatir jamás.» (*Liber Manualis*, IV, 1).

CÓMO LO ESCRIBE

Duoda elige escribir el *Manual* en forma de espejo (*speculum*), para que su hijo Guillermo vea reflejada en él la obra de Dios, pero con una redacción tan personal que también pueda verse reflejada ella misma.

«Te envío este pequeño libro escrito por mí y en mi nombre para que lo leas, a fin de que te sirva para tu formación a la manera de un espejo. Me alegrará que, aunque yo esté ausente físicamente, este librito, presente ante ti, te recuerde, cuando lo leas, lo que debes hacer por mí.»

La obra está redactada en latín, la lengua culta de la época. Sin embargo, Duoda emplea un latín poco ortodoxo en comparación con el utilizado por el clero y los hombres de letras tras el renacimiento carolingio. Su latín incorpora palabras de origen germánico y griego, probablemente procedentes de textos antiguos traducidos al latín, como la Biblia.

Duoda concibe esta obra no solo como una recopilación de consejos morales, sino también como un espacio en el que expresa sus sentimientos, pensamientos, anhelos, emociones, creencias y esperanzas desde un punto de vista profundamente subjetivo. Esta característica resulta excepcional para la época, ya que el uso de la primera persona apenas aparece en los textos medievales.

Sus palabras reflejan, al mismo tiempo, la cultura patriarcal y androcéntrica dominante. Así ocurre cuando enumera a los miembros de su familia, casi todos pertenecientes al linaje paterno: «Guillermo, Cunegunda, Gerberga, Guitburga, Teodorico, Gaucelmo, Guarnerio y Rotlinda» (*Liber Manualis*, X, 5)

¿QUIÉN ERA DUODA?

Duoda, condesa de Barcelona y de Septimania, casada con Bernardo de Septimania y nombrada en dos ocasiones condesa de Barcelona por los reyes francos, se vio inmersa, muy a su pesar, en las luchas internas de la familia carolingia. Recibió una esmerada educación, administró su patrimonio y sostuvo la posición política de su marido, llegando incluso a endeudarse para mantener su prestigio y poder. Las palabras que han llegado hasta nosotros, sin embargo, no hablan de su actividad política, sino, sobre todo, de su papel como madre. Tuvo dos hijos: Guillermo, al que crió y educó prácticamente sola hasta la adolescencia, mientras su esposo permanecía continuamente en campaña, y un segundo hijo, Bernardo, de quien fue separada nada más nacer.

El conde Bernardo, primo de Carlomagno, fue un personaje belicoso e intrigante, implicado sin descanso en las disputas sucesorias entre los descendientes de Carlomagno. Incluso fue acusado de mantener una relación adúltera con Judith, la segunda esposa del emperador Luis el Piadoso.

Mientras tanto, Duoda administró sus dominios como señora de Uzès, sostuvo a su familia en los momentos más difíciles y contribuyó a mantener el poder de su marido en la Marca Hispánica. Vivía inmersa en la cultura y la religiosidad de su tiempo mientras educaba a sus hijos. Como otras muchas condesas carolingias, ejercía autoridad y gozaba de prestigio dentro de sus territorios.

Sin embargo, terminó recluida en sus tierras y en el castillo de Uzès, en la Provenza, separada de sus hijos, retenidos como rehenes por el rey Carlos para garantizar la fidelidad de Bernardo. Ante esta dolorosa separación, escribió para su hijo adolescente Guillermo un conmovedor tratado de educación. El *Liber Manualis* es un texto cuya sensibilidad sigue conmoviendo hoy, nacido del corazón de una madre apasionada y vigilante. Refleja la voz de una mujer noble que soporta la soledad, la prolongada ausencia del marido y las dificultades

económicas derivadas de sostener su posición, todo ello con el deseo de no ser abandonada y de proteger el futuro de sus hijos.

Separada físicamente de ellos, Duoda no renunció a ejercer la maternidad. Lo hizo a través de la escritura, convirtiendo el *Liber Manualis* en la guía espiritual y moral de Guillermo. La obra constituye un documento excepcional para comprender el pensamiento y la sensibilidad de una madre perteneciente a la nobleza carolingia.

Duoda vivió en una época convulsa, en la que los hijos de la aristocracia eran educados para la guerra. Frente a esa realidad, ella deseaba que su hijo encontrara un camino de paz y justicia:

«El insensato que carece de juicio [...] es pronto para la ira y lento para la paz; desciende hacia lo peor. Que no te ocurra eso a ti, noble hijo [...] Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, vive en paz con todos los hombres [...] Vale más un hombre paciente que un hombre fuerte; quien domina con paciencia su alma supera en todo al conquistador de ciudades [...] Yo, tu consejera Duoda, hijo Guillermo, deseo que, creciendo pacientemente en las santas virtudes entre todos los soldados, seas siempre tardo en hablar y tardo en la ira.»

La paz constituye uno de los ideales que Duoda recomienda con mayor insistencia a su hijo. A ella une la compasión hacia los más vulnerables:

«Muestra compasión fraterna hacia los hambrientos, los sedientos, los desnudos, los huérfanos, los viajeros, los extranjeros, las viudas y también los niños, los oprimidos y todos los necesitados; cuando los encuentres, trátalos con misericordia y piedad.»

La vida de Duoda representa la de tantas madres, esposas y mujeres de combatientes que han sufrido la soledad y la contradicción entre desear el éxito de sus maridos e hijos y anhelar, al mismo tiempo, el fin de la guerra. Ella no desea que su hijo obtenga la victoria militar, sino que sus enemigos elijan la paz. Como toda madre, desea que viva feliz; pero, sobre todo, que viva, y sabe que solo la paz puede hacerlo posible.

Guillermo siguió la carrera de las armas, como su padre. Tras la ejecución de Bernardo, intentó vengar su muerte y recuperó por la fuerza los condados de Barcelona, Girona y Osona, de los que su padre había sido conde. Contó con apoyos dentro de esos territorios y con la ayuda de los musulmanes. Gobernó los condados durante dos años, hasta que las tropas francas sitiaron Barcelona. Fue derrotado, condenado a muerte y decapitado en la ciudad en el año 850. Tenía solo veinticuatro años.

Apenas ocho años antes, su madre le había dedicado esta bendición:

«Que Dios omnipotente [...] te bendiga [...] que te conceda abundantemente el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra. Que el trigo, el vino y el aceite, junto con todos los demás bienes, abunden para ti. Que sea tu ayuda y poderoso defensor contra todos tus enemigos [...] Bendito seas en la ciudad. Bendito en el campo. Bendito en la corte. Bendito con tu padre y bendito con tu hermano. Bendito con los mayores y bendito con los más jóvenes. Bendito con los castos y bendito con los templados. Bendito con los prudentes y con quienes velan diligentemente. Bendito también el fruto de tu tierra. Bendita tu juventud, hasta que llegues a la vejez y puedas alcanzar felizmente, tras el combate, la meta de la salvación.»

Nada se sabe de Duoda después de concluir el *Liber Manualis* el 2 de febrero del año 843. Se desconoce cuál fue el final de su vida y si llegó a conocer la trágica muerte de Guillermo. Cabe esperar que nunca tuviera que sufrir ese dolor. Ella estaba convencida de que nadie ocuparía su lugar en el corazón de su hijo, del mismo modo que nadie podría sustituirlo a él en el suyo: «Nunca nadie será para él como yo, que, aunque indigna, soy su madre».